MOSQUITO!

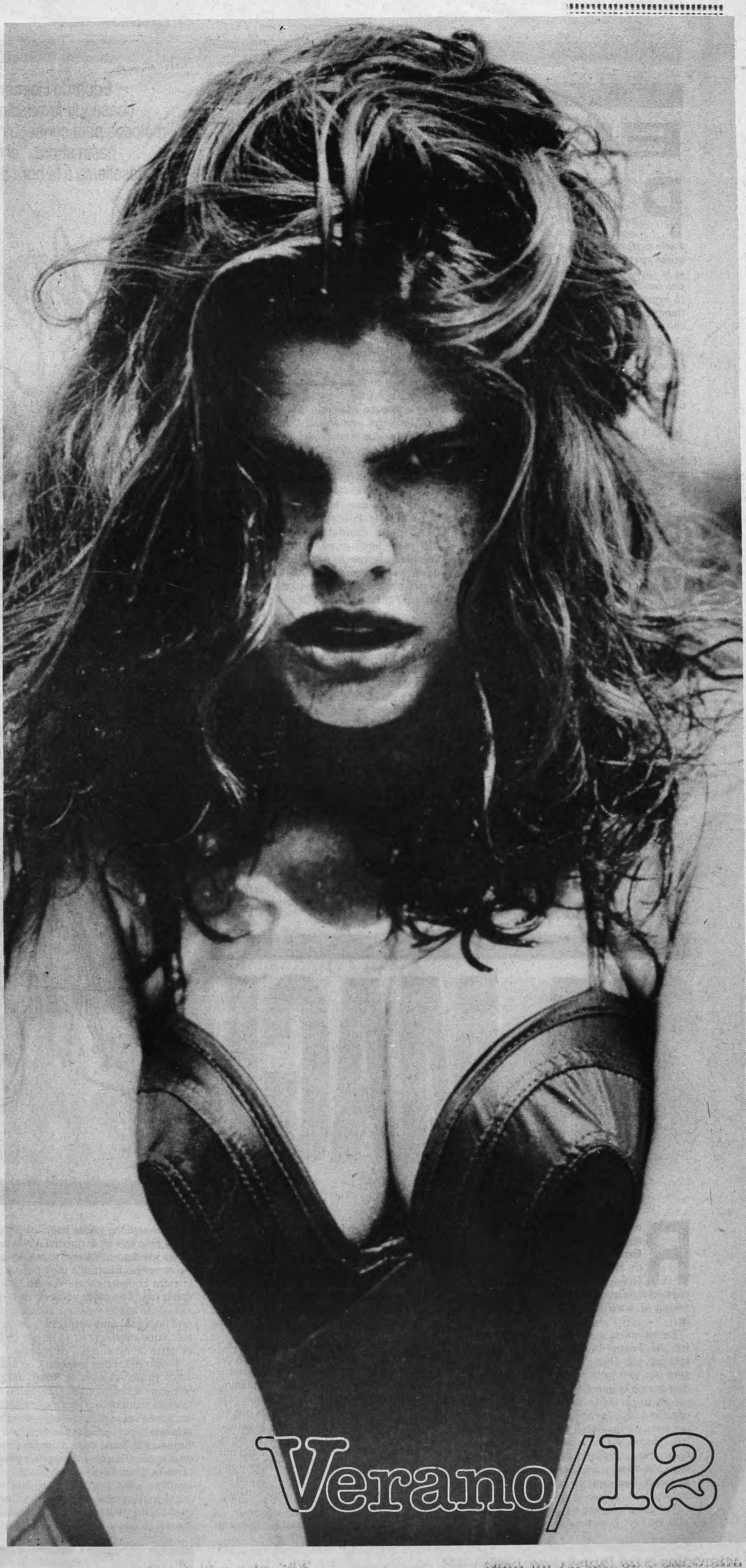
(Por Eduardo Blaustein) El verano ofrece alternativas alucinadas a quienes no les queda otra que derretirse sobre asfalto. El museo Blas María Berardi es una de ellas sólo que el asombro comienza sin necesidad de trasponer su acceso: antes de cruzar el umbral que da a la avenida Patricias Argentinas, mirando al parque Centenario, el visitante verá una doble compuerta de alambre tejido —de trama muy sutil— apoyada en un triple sistema de bisagras. La madre de Blas María Berardi, lozana a sus 87 años, quiso al fundar el museo en memoria de su único hijo que la casona que ambos habitaron desde siempre se mantuviera intacta, con todas las modificaciones dispuestas por Blas María. Traspuesto el umbral, el esquema de dobles alambres tejidos se reitera sin la menor pretensión de loft: en cada puerta, cada ventana, en rejillas y desagües pluviales, en el remate de las chimeneas e incluso en las claraboyas de techos y terrazas sorprende la presencia obsesiva de esas redes finísimas que Berardi encargó especialmente a un artesano del Friuli, al norte de Italia.

Los vecinos de la señora Norma Clementina Stafuza de Berardi se sintieron finalmente conmovidos tras la desgraciada muerte de Blas María y trocaron maliciosas chanzas y retruécanos en donaciones al museo. Decenas de las piezas que conforman la increíble colección de palmetas matamoscas son muestra de ese cambio de actitud. Y fueron ellos también los que —mediante rifas y kermeses— hicieron posible la construcción del monumento al espiral que corona una de las torretas de la casona, visible desde el corazón del parque.

Ya nadie habla en el barrio de "El Mosquitero" para referirse al lugar que hoy es museo. Muy por el contrario, convertido virtualmente en un centro devocional, se han reportado casos de visitantes que acuden hasta allí provenientes de los rincones más remotos del país —y también de Paraguay y el sur de Brasil—, que se santiguan antes de penetrar en la antigua construcción y, una vez dentro, en lugar de flores, velas, estampitas, dejan un espiral a medio consumir, o un frasco de repelente o una pastilla de fuyivape ante el gran retrato en el que Blas María Berardi luce enteramente envuelto en su traje de doble amianto. Y se van, silenciosos, con el fervor callado que caracteriza la religiosidad de los humildes.

Ahora que las empresas fabricantes de insecticidas se decidieron a auspiciar la magna labor del museo, doña Norma Clementina Stafuza de Berardi ya puede tomarse algunos momentos de merecido descanso. Así es que se deja fotografiar mientras mira con sus ojos tristes y bondadosos los afiches publicitarios y los videos promocionales en pantalla gigante de Raid, Baygón, Fuyi, Sheltox, Geigy, Atanor. Y también Flit, que regala rociadores color flúo para los pequeños que van con sus padres. Pero la señora Norma no puede con su genio y vuelve a la tarea, y repite incluso a quien no pretenda oírla: "Este producto no daña la capa de ozono". De la otra historia, la de su hijo, se ocupan los folletos lujosamente impresos que distribuyen unas graciosas adolescentes disfrazadas de mosquitos, con enormes alas de papel crêpe y aguijones largos como brazos. Esos folletos resumen la tragedia de Blas María Berardi, el hombre cuyo terror a contraer el SIDA por una picadura de mosquito infectado por el HIV lo llevó al borde de la locura. El de la frase que muchos recuerdan: "Hace diecisiete meses que no consigo dormir. Ni el tsé-tsé ni el dengue, ni el silbido de las bombas ni la espera ante el patíbulo, nada puede ser peor que esta agonía de tensar los tímpanos en las noches eternas para aprehender el zumbido en algún lugar de la casa, el zumbido de la muerte".

Blas María Berardi murió soltero, hace ya tres veranos, a los 56 años. Intentaba salvar a su madre del ataque súbito de un mosquito. Falló al tomar impulso, se enredó entre las sábanas que ella colgaba y fue a parar de la terraza a la vereda. Por haber ofrendado su vida de esa manera, ya nadie llama "El Mosquitero" al Museo Municipal Blas María Berardi, orgullo de los argentinos.



EL HADA

Por supuesto que esto iba muy en serio. Juan caminó por Yerbal hasta Segurola. Quiso cruzar pero no se animó. Se quedó de este lado y se escondió detrás de una columna. Sabía perfectamente que ése era el procedimiento para el cambio de identidad: ponerse la capa —cuidado que se engancha con una rama y sonaste—, el antifaz, el sombrero negro. Pasar una mano sudorosa por el tranquilizador puño de la espada. Listo. Mucho más seguro de sí mismo, hasta más fuerte, volvió por Yerbal hasta Bahía Blanca. Más allá la avenida llena de colectivos marcaba el límite de su territorio: toda la manzana, pero ojo con cruzar la calle. Del otro lado estaba el cowboy. Juan, ya el Zorro, le hizo un saludo llevándose dos dedos al sombrero. El otro no contestó, quién se cree que es, decí que los dos estamos del lado de la ley y el Zorro sólo ataca a los villanos, que si no. No importa, hay otras cosas que arreglar ahora; el hada, por ejemplo.

Se llamaba Laura, o tal vez Luisa, no sé, salvo últimamente, cuando apareció vestida de lentejuelas y con aquel gorro con estrellitas. Lo peor, lo que realmente era de temer, era ese palito con una estrella en la punta. Es una varita mágica, dijo la primera vez, y con esto te encanto y te transformo en sapo. ¿Qué no? Vas a ver. Abra-cada... El golpe en las rodillas al caerse en el zaguán de casa no fue nada para él, hombre acostumbrado a los peores peligros. Pero nada de que me transformen en sapo. No señor. Esto sí que es serio. La primera vez no anduvo, pero mejor no me arriesgo.

Un día el cowboy cruzó. Vino con su madre, maricón. Ella, ante mis amenazas, dijo que venía en son de paz, a comprar cien de queso en lo de Pascual, lo que le iba a hacer bien a la economía de la cuadra, es decir, a mí. Bueno, pero se vuelven en seguida. Yo ahora me voy a tomar la leche, no los quiero ver cuando salga. Desde mi ventana oí gritar al hada. Me asomé, pero no era el hada de veras, es decir, ya no tenía poderes. El cowboy se le había tirado encima y la estaba pegando. Bueno, acá el único que tiene derecho a pegarle al hada es el Zorro, que defiende a los pobres porque es justiciero. Así que me puse la capa y bajé corriendo las escaleras, pero me tropecé con el último escalón. Cuando llegué a la calle, las respectivas madres ya los habían separado. El hada estaba llorando, tirada en el piso. No tiene la varita, así que no me puede encantar. Se acercó. Hola, ¿duele mucho? ¿A vos qué te importa? ¡Dejame, no me toqués! ¡¡TENES SANGRE!! Bueno, nena jodete. Además la rodilla estaba lastimada y dolía. Me voy.

Al otro día el cowboy dijo que quería conferenciar. Se encontraron en la plaza, detrás de la estación. Hay que hacer algo con el hada ; esto va muy en serio. Tiene poderes y nos puede transformar a todos en sapos, a vos y a mí. Además, después de lo del almacén mi mamá me pegó. El Zorro lo miró y no dijo nada; algo le molestaba de todo esto; por supuesto que el cowboy tiene razón, pero...

¿Cuál es tu plan? La voy a matar; a balazos. Vos la entretenés para que no me encante y yo le disparo y la mato. Me vas a ayudar, ¿eh? Dale, che, ayudame. Está bien, pero sólo porque los dos estamos del lado de la ley y el Zorro siempre ayuda a los pobres porque es justiciero, ¿no es cierto? Dijo que sí, gracias, Zorro, y se fue a tirarles maíz a las palomas con su mamá, maricón.

Realmente, esto iba muy en serio. Iban a matar al hada. Pobre chica, pero se lo merece, nos quiere transformar a todos en sapos. Pero es tan linda, muy, muy rubia. Y no tiene nada de fuerza, va a ser fácil. ¿Y si en vez de matarla la secuestramos? El Zorro no mata casi nunca, sólo si es estrictamente necesario. Eso: la secuestramos.

Al cowboy no le gustó mucho la idea —mejor muerta—, pero está bien, si vos lo decís. La arrinconaron en la esquina de Rivadavia y Bahía Blanca. Me apuntó con su varita, pero yo fui más rápido, se la saqué con un golpe de espada. Es nuestra. Se dio vuelta y vio al cowboy que apuntaba con sus dos revólveres. ¿Qué hacés? Quedamos en no matarla. ¡Correte! O te mato a vos también, maldito enmascarado. Disparó. Una, dos veces. Los estampidos resonaron en la tarde de Floresta. El hada gritó. Cayó.

¡Maldito! Lo golpeé con mi espada varias veces. Lo debo haber herido de muerte, porque se fue corriendo y llorando. El Zorro se acercó al hada, que ya se estaba levantando. ¿Pero cómo? ¿Estás viva? Ella sonrió. Una sonrisa hermosa. No es tan fácil matar a un hada, yo tengo poderes. ¿Cómo te llamás? Juan. Ella se llamaba Laura, o tal vez Luisa. ¿Querés venir a tomar la leche a casa? Vivo en el tercero. Bueno, voy a avisar a casa y vuelvo, dijo el Zorro.

Eduardo Hojman alguna vez afirmó que "yo escribo para conseguir fama, dinero y mujeres; siendo la fama y el dinero métodos para conseguir más mujeres". No tarda en agregar que, hasta ahora, "el resultado ha sido casi nulo". Lo que no lo desalienta a la hora de atrapar mujeres mágicas y los paisajes que las visten.

Por Eduardo Hojman



LA MAGIA DE

GES

Romina se va a Villa Gesell. Me llamó hoy a la tarde. Yo justo había terminado el cuento anterior —el de Hinde y Leni y la playa y el frío— y después me llama Romina para decirme que no me puede ver el viernes porque se va a Villa Gesell hasta el lunes. Sola.

Enseguida se me ocurre que debe hacer frío allá. Tengo frío ahora. Allá siempre hace más que acá. Dice que quiere estar sola, seguro que va a pensar sobre nosotros. Yo le dije que no la quería ver más así, y a veces me aterroriza la idea de no haber sido claro con eso de así. Pero ella jamás va a admitir que se va a Villa Gesell a pensar sobre nosotros. Necesitaba estar sola, va a decir cuando le pregunte, siempre con esa forma que tiene ella de nunca decir las cosas del todo, de reprocharme que no entiendo lo que ella no dice.

Y después me puse a pensar que se muere allá. De frío. O de hambre. Porque está sola y Villa Gesell en invierno debe ser un pueblo fantasma y no hay nadie, salvo ella caminando sola en los últimos momentos de su vida, contra el viento helado y sin nadie que la vea y la ayude y le venda un sandwich caliente o algo así. Pienso que se muere y me llaman a mi casa a una hora terrible de la noche para decírmelo.

Y yo no voy hasta Quilmes, hasta la casa de ella. O sí voy. Corriendo, en taxi, en colectivo, o pido un auto prestado, y vuelvo a ver otra vez a los padres y a la hermanita, a los que creía que no iba a ver nunca más pero ahí están, todos más chiquitos que yo que me siento enorme y ancho y atontado por la noticia. Y siento que todos se me tiran encima y ahí están las amigas de ella que fueron después mis amigas por lo que Romi y yo empezamos esa vez, y se me trepan todos encima y siento que no puedo sostenerlos.

O no voy. Llamo a Deni, mi ex, la única persona que me puede hacer olvidar a Romi, y pido que la despierten a esta hora terrible y le digo que Romi se mató y que por favor venga. Ella tarda muy poco y me encuentra completamente vestido, abrigado, con la estufa prendida y muerto de frío. Apenas puedo hablar y ella me abraza y también está llorando, muy despacio, y se queda así hasta que amanece, hasta que su abrazo ya es parte de mi cuerpo, de mi frío.

Pienso en los días después. Con todas esas fotos viradas al sepia de Romi, dura y hermosísima. Esas fotos que me hicieron llamarla al día siguiente de decirle que no la quería ver nunca más así. Y me pregunto si no tendría que haber sido más claro con eso de así. Entonces la llamé para darle las fotos y de paso explicarle que siempre iba a estar esperándola si ella cambiaba, si trataba de estar conmigo como yo quería. Esos días después me la paso mirando las fotos y tal vez pensando si no tendría que acompañarla. Caerme del balcón o algo así. Si se puede vivir sin ella definitivamente o no.

Entra otra imagen. Romina caminando sola por la playa y pensando, siempre con esa expresión de que no la molesten, que no se le acerquen, que no se puede entrar en su mundo. Y se me ocurre que bien podría ir yo también a Villa Gesell. Sin avisarle y tratando de que no me vea nunca. Seguirla de lejos, por las calles vacías, ser una sombra oscura de impermeable y silencio. Anotarme en un hotel barato que quede cerca del departamento de ella, atendido por una pareja de viejos que no hacen preguntas porque hace tiempo que dejaron de sorprenderse por nada. Todo puede pasar en un pueblo fantasma y sin gente.

Yo no conozco Villa Gesell. Salvo cuando fui con Sabine y Marlies y esa brasileña amiga de ellas. Era octubre y llovía casi to-

LA MAGIA DE ALGUNAS MUJERES

Eduardo Hojman alguna vez afirmó que "yo escribo para conseguir fama, dinero y mujeres; siendo la fama y el dinero métodos para conseguir más mujeres". No tarda en agregar que, hasta ahora, "el resultado ha sido casi nulo". Lo que no lo desalienta a la hora de atrapar mujeres mágicas y los paisajes que las visten.

Por Eduardo Hojman

EL HADA

Por supuesto que esto iba muy en serio. Juan caminó por Yerbal hasta Segurola. Quiso cruzar pero no se animó. Se quedó de este lado y se escondió detrás de una columna. Sabía perfectamente que ése era el procedimiento para el cambio de identidad: ponerse la capa —cuidado que se engancha con una rama y sonaste—, el antifaz, el sombrero negro. Pasar una mano sudorosa por el tranquilizador puño de la espada. Listo. Mucho más seguro de sí mismo, hasta más fuerte, volvió por Yerbal hasta Bahía Blanca. Más allá la avenida llena de colectivos marcaba el límite de su territorio: toda la manzana, pero ojo con cruzar la calle. Del otro lado estaba el cowboy. Juan, ya el Zorro, le hizo un saludo llevándose dos dedos al sombrero. El otro no contestó, quién se cree que es, decí que los dos estamos del lado de la ley y el Zorro sólo ataca a los villanos, que si no. No importa, hay otras cosas que arreglar ahora; el hada, por ejemplo.

Se llamaba Laura, o tal vez Luisa, no sé, salvo últimamente, cuando apareció vestida de lentejuelas y con aquel gorro con estrellitas. Lo peor, lo que realmente era de temer, era ese palito con una estrella en la punta. Es una varita mágica, dijo la primera vez, y con esto te encanto y te transformo en sapo. ¿Qué no? Vas a ver. Abra-cada... El golpe en las rodillas al caerse en el zaguán de casa no fue nada para él, hombre acostumbrado a los peores peligros. Pero nada de que me transformen en sapo. No señor. Esto sí que es serio. La primera vez no anduvo, pero mejor no me arriesgo.

Un día el cowboy cruzó. Vino con su madre, maricón. Ella, ante mis amenazas, dijo que venía en son de paz, a comprar cien de queso en lo de Pascual, lo que le iba a hacer bien a la economía de la cuadra, es decir, a mí. Bueno, pero se vuelven en seguida. Yo ahora me voy a tomar la leche, no los quiero ver cuando salga. Desde mi ventana oí gritar al hada. Me asomé, pero no era el hada de veras, es decir, ya no tenía poderes. El cowboy se le había tirado encima y le estaba pegando. Bueno, acá el único que tiene derecho a pegarle al hada es el Zorro, que defiende a los pobres porque es justiciero. Así que me puse la capa y bajé corriendo las escaleras, pero me tropecé con el último escalón. Cuando llegué a la calle, las respectivas madres ya los habían separado. El hada estaba llorando, tirada en el piso. No tiene la varita, así que no me puede encantar. Se acercó. Hola, ¿duele mucho? ¿A vos qué te importa? ¡Dejame, no me toqués! ¡¡TENES SANGRE!! Bueno, nena jodete. Además la rodilla estaba lastimada y dolía. Me voy.

Al otro día el cowboy dijo que quería conferenciar. Se encontraron en la plaza, detrás de la estación. Hay que hacer algo con el hada ; esto va muy en serio. Tiene poderes y nos puede transformar a todos en sapos, a vos y a mí. Además, después de lo del almacén mi mamá me pegó. El Zorro lo miró y no dijo nada; algo le molestaba de todo esto; por supuesto que el cowboy tiene razón, pero...

¿Cuál es tu plan? La voy a matar; a balazos. Vos la entretenés para que no me encante y yo le disparo y la mato. Me vas a ayudar, ¿eh? Dale, che, ayudame. Está bien, pero sólo porque los dos estamos del lado de la ley y el Zorro siempre ayuda a los pobres porque es justiciero, ¿no es cierto? Dijo que sí, gracias, Zorro, y se fue a tirarles maíz a las palomas con su mamá, maricón.

Realmente, esto iba muy en serio. Iban a matar al hada. Pobre chica, pero se lo merece, nos quiere transformar a todos en sapos. Pero es tan linda, muy, muy rubia. Y no tiene nada de fuerza, va a ser fácil. ¿Y si en vez de matarla la secuestramos? El Zorro no mata casi nunca, sólo si es estrictamente necesario. Eso: la secuestramos.

Al cowboy no le gustó mucho la idea —mejor muerta—, pero está bien, si vos lo decís. La arrinconaron en la esquina de Rivadavia y Bahía Blanca. Me apuntó con su varita, pero yo fui más rápido, se la saqué con un golpe de espada. Es nuestra. Se dio vuelta y vio al cowboy que apuntaba con sus dos revólveres. ¿Qué hacés? Quedamos en no matarla. ¡Correte! O te mato a vos también, maldito enmascarado. Disparó. Una, dos veces. Los estampidos resonaron en la tarde de Floresta. El hada gritó. Cayó.

¡Maldito! Lo golpeé con mi espada varias veces. Lo debo haber herido de muerte, porque se fue corriendo y llorando. El Zorro se acercó al hada, que ya se estaba levantando. ¿Pero cómo? ¿Estás viva? Ella sonrió. Una sonrisa hermosa. No es tan fácil matar a un hada, yo tengo poderes. ¿Cómo te llamás? Juan. Ella se llamaba Laura, o tal vez Luisa. ¿Querés venir a tomar la leche a casa? Vivo en el tercero. Bueno, voy a avisar a casa y vuelvo, dijo el Zorro.

CAPULLOS MARCHITOS QUILMES

Allí el aire es distinto, sofocante y frío a la vez. Respirar cuesta un poco de trabajo, respirar es un ejercicio consciente. En Quilmes la muerte o la partida están siempre cerca, los edificios y las luces del centro, entre los bolsones de oscuridad, te la recuerdan. Las calles de Quilmes no son tan fáciles de distinguir, los territorios están delimitados por líneas invisibles, pero cruzarlos puede ser fatal.

La noche es todo aquello que se posa sobre las casas bajas y fosforescentes como un mar de tormenta. La oscuridad, allí más que en ninguna otra parte, es sólo la falta de luz. Los tubos fluorescentes y los brillos metálicos de los autos enmarcan una luna pálida y extranjera. De noche, Quilmes se inunda de gritos y chirridos de gomas contra el asfalto, y el silencio se absorbe a bocanadas desesperadas.

Atardece tarde, y Quilmes empieza a llenarse de mujeres vestidas para matar y no morir, de mujeres ataviadas con espejos que rechazan cualquier mirada, de mujeres de sexo duro, que manejan su rechazo con la precisión de una navaja a resorte, mujeres maquilladas de porcelana caliente que rasgan ojos y bocas y dejan marcas de sangre en los rostros masculinos. En Quilmes hay hombres enfundados en desdén, que calman su frustración rompiendo narices forasteras, pateando calles como para levantar la corteza terrestre, reventando neumáticos.

Las palabras chocan como espadas mojadas, alaridos que reclaman orgasmos, que intentan en vano romper los espejos.

Yo me aventuré por Quilmes siguiendo a una mujer de sexo filoso, que manejaba su amor con la seguridad de un tahur, que invertía en corazones así como en delineador para pestañas. Su cuerpo había sido en mis manos un mapa de cicatrices, cada una de ellas un punto de placer y de sangre. Su nombre había tenido en mi boca el sonido de la lluvia mojando las flores, haciéndose torrente.

Las luces de Quilmes se ven de lejos, como una ciudad desde un avión, en el medio de una negrura total que puede ser el mar o la selva virgen. Quilmes es todo lo que no es oscuro en la noche.

La busqué por calles con nombres demasiado familiares como para poder recordarlos. Entre risotadas que parecían no venir de ningún lado, entre árboles de sombras dobles y movedizas, esquivando los faros de los autos. Recorrí cornisas, avenidas brillantes y desiertas, jardines inundados, llenos de capullos marchitos.

Quilmes es una zona de tapias y murallas. Del otro lado, las mentiras hablan de flores rutilantes, de soles fecundos, de patios. Del otro lado no hay nada. Sólo espejos clavados en la tierra, entre hebras de césped gris y cortado.

Yo aproveché un relámpago de negrura y salté la tapia. Creía haber olido el líquido salado de aquella mujer. En realidad, era sólo el reflejo de mi deseo. Sólo el olor a lluvia.

Aplasté flores mustias al caer, mi cara chocó contra el pasto. Cerca de mi ojo, un caracol resbaló por una hoja húmeda y brillante. Fue directo a un charco, se quedó allí, suicidándose.

Cuando supe que no la encontraría, ya era tarde. Estaba perdido. Fuera de cualquier territorio reconocible. El perímetro se había ensanchado hasta el límite y yo estaba del otro lado.

Para sobrevivir, endurecí los ojos y los músculos del estómago, por si había que recibir golpes. Adopté una postura altiva y no miré a nadie a la cara. Me armé con desprecio. Mi cuerpo fue un reflejo de la luna. Ensanché mi espalda. Corrí por miles de calles idénticas, a lo largo de murallas y edificios. Quebré los tobillos que interceptaban mi paso. En el centro de la plaza, hice un círculo de silencio que me permitió escapar.

Ahora, cuando paso por Quilmes abro la ventanilla para buscar con el olor el sexo humeante de aquella mujer. Esa ciudad me debe algo, todavía las cuentas no están saldadas.



GESELL

Romina se va a Villa Gesell. Me llamó hoy a la tarde. Yo justo había terminado el cuento anterior —el de Hinde y Leni y la playa y el frío— y después me llama Romina para decirme que no me puede ver el viernes porque se va a Villa Gesell hasta el lunes. Sola.

Enseguida se me ocurre que debe hacer frío allá. Tengo frío ahora. Allá siempre hace más que acá. Dice que quiere estar sola, seguro que va a pensar sobre nosotros. Yo le dije que no la quería ver más así, y a veces me aterroriza la idea de no haber sido claro con eso de así. Pero ella jamás va a admitir que se va a Villa Gesell a pensar sobre nosotros. Necesitaba estar sola, va a decir cuando le pregunte, siempre con esa forma que tiene ella de nunca decir las cosas del todo, de reprocharme que no entiendo lo que ella no dice.

Y después me puse a pensar que se muere allá. De frío. O de hambre. Porque está sola y Villa Gesell en invierno debe ser un pueblo fantasma y no hay nadie, salvo ella caminando sola en los últimos momentos de su vida, contra el viento helado y sin nadie que la vea y la ayude y le venda un sandwich caliente o algo así. Pienso que se muere y me llaman a mi casa a una hora terrible de la noche para decírmelo.

Y yo no voy hasta Quilmes, hasta la casa de ella. O sí voy. Corriendo, en taxi, en colectivo, o pido un auto prestado, y vuelvo a ver otra vez a los padres y a la hermanita, a los que creía que no iba a ver nunca más pero ahí están, todos más chiquitos que yo que me siento enorme y ancho y atontado por la noticia. Y siento que todos se me tiran encima y ahí están las amigas de ella que fueron después mis amigas por lo que Romi y yo empezamos esa vez, y se me trepan todos encima y siento que no puedo sostenerlos.

O no voy. Llamo a Deni, mi ex, la única persona que me puede hacer olvidar a Romi, y pido que la despierten a esta hora terrible y le digo que Romi se mató y que por favor venga. Ella tarda muy poco y me encuentra completamente vestido, abrigado, con la estufa prendida y muerto de frío. Apenas puedo hablar y ella me abraza y también está llorando, muy despacio, y se queda así hasta que amanece, hasta que su abrazo ya es parte de mi cuerpo, de mi frío.

Pienso en los días después. Con todas esas fotos viradas al sepia de Romi, dura y hermosísima. Esas fotos que me hicieron llamarla al día siguiente de decirle que no la quería ver nunca más así. Y me pregunto si no tendría que haber sido más claro con eso de así. Entonces la llamé para darle las fotos y de paso explicarle que siempre iba a estar esperándola si ella cambiaba, si trataba de estar conmigo como yo quería. Esos días después me la paso mirando las fotos y tal vez pensando si no tendría que acompañarla. Caerme del balcón o algo así. Si se puede vivir sin ella definitivamente o no.

Entra otra imagen. Romina caminando sola por la playa y pensando, siempre con esa expresión de que no la molesten, que no se le acerquen, que no se puede entrar en su mundo. Y se me ocurre que bien podría ir yo también a Villa Gesell. Sin avisarle y tratando de que no me vea nunca. Seguirla de lejos, por las calles vacías, ser una sombra oscura de impermeable y silencio. Anotarme en un hotel barato que quede cerca del departamento de ella, atendido por una pareja de viejos que no hacen preguntas porque hace tiempo que dejaron de sorprenderse por nada. Todo puede pasar en un pueblo fantasma y sin gente.

Yo no conozco Villa Gesell. Salvo cuando fui con Sabine y Marlies y esa brasileña amiga de ellas. Era octubre y llovía casi todos los días y no había nadie en ningún lado. De ahí me quedó la sensación de que es un pueblo desierto, que sólo se enciende en el verano. Como un circo sin trabajo. Esa vez hubo un día de sol, el último, y las dos holandesas hicieron topless y la brasileña tomó sol en bolas, directamente. No había nadie en ningún lado que pudiera verlas, pero igual vino la cana y casi nos llevan a todos. Hace mucho tiempo de eso, de todas formas Villa Gesell me sigue pareciendo un pueblo de policías.

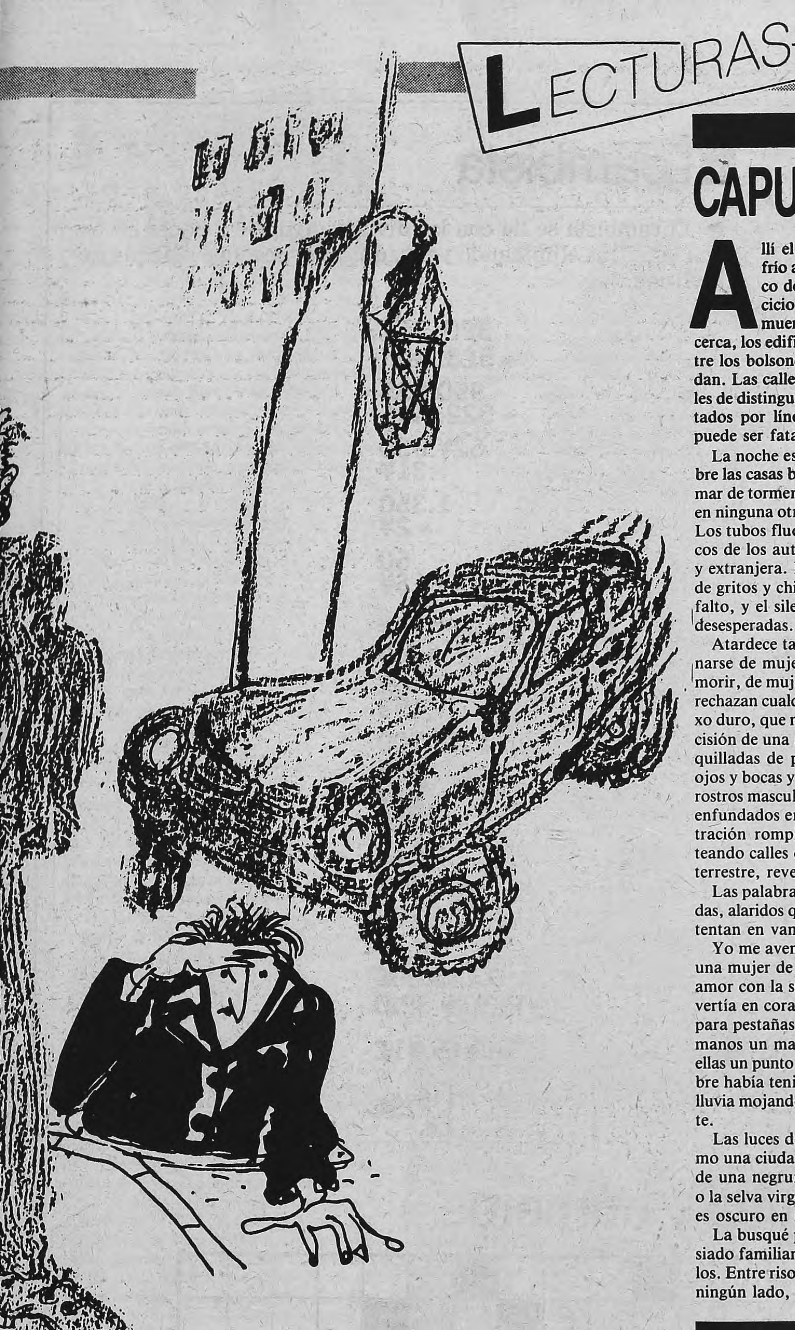
Y de pendejos. Policías y adolescentes, que van en el verano y gritan y se emborrachan y rompen todo. Canas que los persiguen y les pegan y los torturan y los llevan aunque no estén haciendo nada, por averiguación de antecedentes. Villa Gesell en el verano es un escenario de batallas campales entre pendejos y canas, cuando no hay guerritas oscuras entre banditas de imbéciles que se pelean por boludeces. Y en el medio de todo eso está Romi. Sola.

Llego, ubico la casa y me apuesto en el bar que tiene que haber enfrente hasta que la veo salir. La sigo siempre de lejos, tengo frío y sueño pero no la pierdo de vista. Villa Gesell es un pueblo desierto pero hay más gente además de los viejos del hotel, que son los mismos que atienden el bar y no hacen preguntas. Hay pendejos y canas, es decir, peligro. Entonces es bueno que yo haya ido.

Porque puede pasar cualquiera de las dos situaciones. Que la vean caminando por la calle, sola, menor de edad, y decidan meterla en cana y de paso maltratarla un poco. Cuando la están por subir al patrullero me acerco y digo que está conmigo y que la dejen. Romina me ve y pone cara de bronca, más que de sorpresa, pero es lo suficientemente inteligente como para seguirme el juego. Muestro documentos, papeles, alguna credencial, hablo con voz firme y enojada, casi a los gritos, a estos tipos hay que tratarlos así. Les digo que estamos juntos y que nos estamos por volver. Milagrosamente sé de memoria la dirección del departamento de Romi en la Villa y nos dejan en paz. Después ella me puteará, seguro, me dirá que no tengo nada que hacer ahí, tal vez hasta me abrace. Yo no voy a decirle nada. Que gracias a mí, etcétera. Lo que menos quiero es que ella piense que yo me veo como su protector.

Con la patota va a ser más difícil. La idea es verlos antes de que la vean a ella y llegar justo a tiempo. Correr, llamarla, agarrarla del brazo y decirle despacito que se vuelva a su casa, que la están esperando detrás de la esquina. Yo me voy a quedar a entretenerlos. Ella me va a hacer caso, sin preguntar nada, otra vez inteligente. O me dice que me vaya con ella. Si en una hora no estoy en tu departamento, le digo, llamá a la policía. Que son los mismos hijos de puta que antes se la iban a llevar si no fuera porque yo estaba ahí. Claro que me sé de memoria su dirección. De todas formas, casi no hay ningún problema, y yo en una hora estoy en la casa. Porque los tipos me ven, se sorprenden, ellos esperaban a Romina. Yo estoy con mi impermeable y mi cara sin afeitar y de frío y de que no me importa nada y eso los detiene un poco, también. Entonces aprovecho la sorpresa de los tipos para moverme rápido y dar toda la vuelta por la otra calle hasta llegar, por atrás, al hotel de los viejos que me ven perseguido por la patota, abren la puerta y la cierran con llave sin preguntar nada. Tal vez mirándome un poco con simpatía.

Después cruzo y me voy al departamento de Romina, que es muy chiquito y tiene olor a mar y a cigarrillo. Ella me pregunta qué estoy haciendo ahí y en realidad yo no tengo nada que contestar. Qué le voy a decir, si yo no la quiero ver más así.



CAPULLOS MARCHITOS QUILMES

Allí el aire es distinto, sofocante y frío a la vez. Respirar cuesta un poco de trabajo, respirar es un ejercicio consciente. En Quilmes la muerte o la partida están siempre cerca, los edificios y las luces del centro, entre los bolsones de oscuridad, te la recuerdan. Las calles de Quilmes no son tan fáciles de distinguir, los territorios están delimitados por líneas invisibles, pero cruzarlos puede ser fatal.

La noche es todo aquello que se posa sobre las casas bajas y fosforescentes como un mar de tormenta. La oscuridad, allí más que en ninguna otra parte, es sólo la falta de luz. Los tubos fluorescentes y los brillos metálicos de los autos enmarcan una luna pálida y extranjera. De noche, Quilmes se inunda de gritos y chirridos de gomas contra el asfalto, y el silencio se absorbe a bocanadas desesperadas.

Atardece tarde, y Quilmes empieza a llenarse de mujeres vestidas para matar y no morir, de mujeres ataviadas con espejos que rechazan cualquier mirada, de mujeres de sexo duro, que manejan su rechazo con la precisión de una navaja a resorte, mujeres maquilladas de porcelana caliente que rasgan ojos y bocas y dejan marcas de sangre en los rostros masculinos. En Quilmes hay hombres enfundados en desdén, que calman su frustración rompiendo narices forasteras, pateando calles como para levantar la corteza terrestre, reventando neumáticos.

Las palabras chocan como espadas mojadas, alaridos que reclaman orgasmos, que intentan en vano romper los espejos.

Yo me aventuré por Quilmes siguiendo a una mujer de sexo filoso, que manejaba su amor con la seguridad de un tahur, que invertía en corazones así como en delineador para pestañas. Su cuerpo había sido en mis manos un mapa de cicatrices, cada una de ellas un punto de placer y de sangre. Su nombre había tenido en mi boca el sonido de la lluvia mojando las flores, haciéndose torrente.

Las luces de Quilmes se ven de lejos, como una ciudad desde un avión, en el medio de una negrura total que puede ser el mar o la selva virgen. Quilmes es todo lo que no es oscuro en la noche.

La busqué por calles con nombres demasiado familiares como para poder recordarlos. Entre risotadas que parecían no venir de ningún lado, entre árboles de sombras dobles y movedizas, esquivando los faros de los autos. Recorrí cornisas, avenidas brillantes y desiertas, jardines inundados, llenos de capullos marchitos.

Quilmes es una zona de tapias y murallas. Del otro lado, las mentiras hablan de flores rutilantes, de soles fecundos, de patios. Del otro lado no hay nada. Sólo espejos clavados en la tierra, entre hebras de césped gris y cortado.

Yo aproveché un relámpago de negrura y salté la tapia. Creía haber olido el líquido salado de aquella mujer. En realidad, era sólo el reflejo de mi deseo. Sólo el olor a lluvia.

Aplasté flores mustias al caer, mi cara chocó contra el pasto. Cerca de mi ojo, un caracol resbaló por una hoja húmeda y brillante. Fue directo a un charco, se quedó allí, suicidándose.

Cuando supe que no la encontraría, ya era tarde. Estaba perdido. Fuera de cualquier territorio reconocible. El perímetro se había ensanchado hasta el límite y yo estaba del otro lado.

Para sobrevivir, endurecí los ojos y los músculos del estómago, por si había que recibir golpes. Adopté una postura altiva y no miré a nadie a la cara. Me armé con desprecio. Mi cuerpo fue un reflejo de la luna. Ensanché mi espalda. Corrí por miles de calles idénticas, a lo largo de murallas y edificios. Quebré los tobillos que interceptaban mi paso. En el centro de la plaza, hice un círculo de silencio que me permitió escapar.

Ahora, cuando paso por Quilmes abro la ventanilla para buscar con el olor el sexo humeante de aquella mujer. Esa ciudad me debe algo, todavía las cuentas no están saldadas.



ALGUNAS MUJERES

ELL

dos los días y no había nadie en ningún lado. De ahí me quedó la sensación de que es un pueblo desierto, que sólo se enciende en el verano. Como un circo sin trabajo. Esa vez hubo un día de sol, el último, y las dos holandesas hicieron topless y la brasileña tomó sol en bolas, directamente. No había nadie en ningún lado que pudiera verlas, pero igual vino la cana y casi nos llevan a todos. Hace mucho tiempo de eso, de todas formas Villa Gesell me sigue pareciendo un pueblo de policías.

Y de pendejos. Policías y adolescentes, que van en el verano y gritan y se emborrachan y rompen todo. Canas que los persiguen y les pegan y los torturan y los llevan aunque no estén haciendo nada, por averiguación de antecedentes. Villa Gesell en el verano es un escenario de batallas campales entre pendejos y canas, cuando no hay guerritas oscuras entre banditas de imbéciles que se pelean por boludeces. Y en el medio de todo eso está Romi. Sola.

Llego, ubico la casa y me apuesto en el bar que tiene que haber enfrente hasta que la veo salir. La sigo siempre de lejos, tengo frío y sueño pero no la pierdo de vista. Villa Gesell es un pueblo desierto pero hay más gente además de los viejos del hotel, que son los mismos que atienden el bar y no hacen preguntas. Hay pendejos y canas, es decir, peligro. Entonces es bueno que yo haya ido.

Porque puede pasar cualquiera de las dos situaciones. Que la vean caminando por la calle, sola, menor de edad, y decidan meterla en cana y de paso maltratarla un poco. Cuando la están por subir al patrullero me acerco y digo que está conmigo y que la dejen. Romina me ve y pone cara de bronca, más que de sorpresa, pero es lo suficientemente inteligente como para seguirme el juego. Muestro documentos, papeles, alguna credencial, hablo con voz firme y enojada, casi a los gritos, a estos tipos hay que tratarlos así. Les digo que estamos juntos y que nos estamos por volver. Milagrosamente sé de memoria la dirección del departamento de Romi en la Villa y nos dejan en paz. Después ella me puteará, seguro, me dirá que no tengo nada que hacer ahí, tal vez hasta me abrace. Yo no voy a decirle nada. Que gracias a mí, etcétera. Lo que menos quiero es que ella piense que yo me veo como su protector.

Con la patota va a ser más difícil. La idea es verlos antes de que la vean a ella y llegar justo a tiempo. Correr, llamarla, agarrarla del brazo y decirle despacito que se vuelva a su casa, que la están esperando detrás de la esquina. Yo me voy a quedar a entretenerlos. Ella me va a hacer caso, sin preguntar nada, otra vez inteligente. O me dice que me vaya con ella. Si en una hora no estoy en tu departamento, le digo, llamá a la policía. Que son los mismos hijos de puta que antes se la iban a llevar si no fuera porque yo estaba ahí. Claro que me sé de memoria su dirección. De todas formas, casi no hay ningún problema, y yo en una hora estoy en la casa. Porque los tipos me ven, se sorprenden, ellos esperaban a Romina. Yo estoy con mi impermeable y mi cara sin afeitar y de frío y de que no me importa nada y eso los detiene un poco, también. Entonces aprovecho la sorpresa de los tipos para moverme rápido y dar toda la vuelta por la otra calle hasta llegar, por atrás, al hotel de los viejos que me ven perseguido por la patota, abren la puerta y la cierran con llave sin preguntar nada. Tal vez mirándome un poco con simpatía.

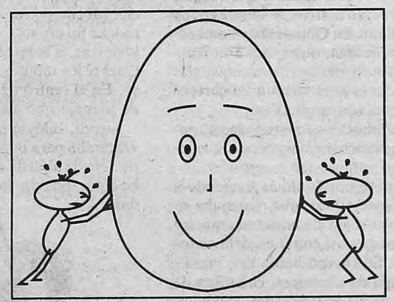
Después cruzo y me voy al departamento de Romina, que es muy chiquito y tiene olor a mar y a cigarrillo. Ella me pregunta qué estoy haciendo ahí y en realidad yo no tengo nada que contestar. Qué le voy a decir, si yo no la quiero ver más así.

/2/3

Juegos

Ponga este huevo en pie

► Es curioso, pero el antiguo juego del llamado "huevo de Colón", tantas veces mencionado por tanta gente, sigue todavía siendo el pasatiempo ideal de muchas reuniones. Como bien es sabido, consiste en colocar un huevo en posición vertical, es decir, "de pie".
A pesar de ser tan conocido, ¿sería usted capaz de colocar un huevo en esta posición?



Le aseguramos que, por lo menos, hay tres sistemas para hacerlo.

El cambista

► El cambista se lía con las divisas. Ayúdele a poner en orden las cifras eliminando **yens, dólares, pesetas** y **libras esterlinas.**

3Pt¥.25£
+ 5£3.2¥Pt

950.53$
– 522.5Pt$

$2¥.950
:31¥

1.350
+ 2¥

50
+ Pt.£$¥

Pt.£9¥
x $Pt

$1¥.$5£
+ 1.153

$1Pt.£09
√

£$¥
+ Pt£¥

1.51$
x Pt£

130.20$
x ¥$

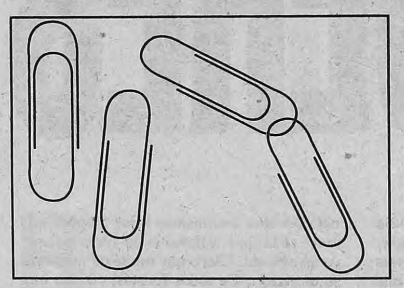
9.£35.09£
– Pt.919.3Pt0

¥15.¥1£
√

Pt$£

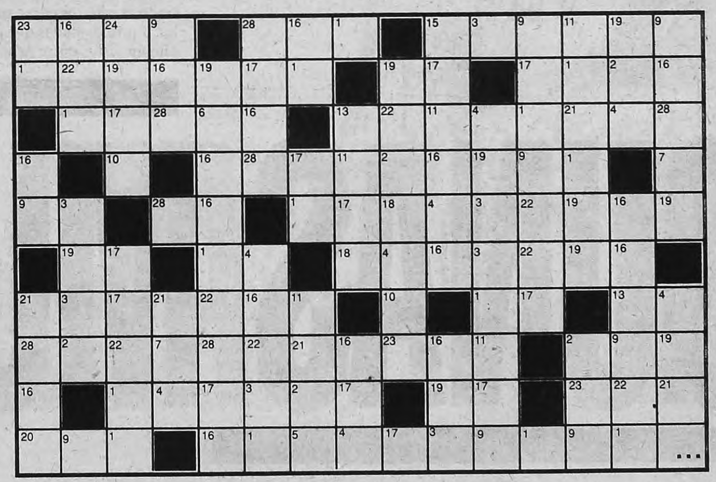
Unión acéptica

► Realmente, aquella oficina era un tanto especial, por eso eran también tratados de forma especial los clips que, normalmente, pasan desapercibidos en cualquier sitio.
Y era tan especial la forma de tratarlos, que los enlazaban entre sí sin tocarlos.



Le proponemos un juego divertido, ya que al hacerlo, sin duda alguna, se sorprenderá del curioso resultado. Se trata de enlazar dos clips sin tocarlos en ningún momento con la mano.

Letras y números



► Sustituyendo números iguales por letras iguales, podrá leer un fragmento de "La Barraca", de Vicente Blasco Ibáñez.

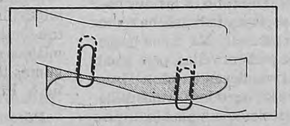
Solucion

PONGA ESTE HUEVO DE PIE:

1. Agitar fuertemente el huevo, de manera que se mezclan la clara y la yema. De esta manera, habremos hecho una especie de contrapeso que convierte al huevo en un "tentetieso" que se quedará de pie sobre su base más ancha.
2. Colocando un anillo, tipo alianza, oculto bajo el mantel, tendremos un buen soporte (invisible para los demás) para conseguir nuestro objetivo.
3. Si no disponemos de anillo, el soporte podemos prepararlo con un montoncito de sal bajo el mantel, que nos hará el mismo servicio.

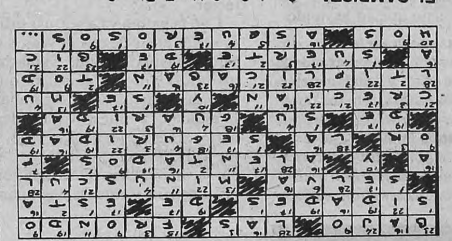
UNION ASEPTICA:

Pliegue un billete (o un papel fuerte con forma de billete) como se ve en el dibujo.



Coloque los clips en la forma que le indicamos y tirando fuerte de los extremos del billete, los clips se enlazarán entre sí sin que los haya tocado en ningún momento.

LETRAS Y NUMEROS:



EL CAMBISTA: $ = 4. £ = 6. ¥ = 7. Pt. = 8.